

un príncipe que no fuera mas que bueno y virtuoso, en medio de unos hombres que, agitados de perversas y turbulentas pasiones, estan ejercitados en encubrir sus reprehensibles y funestas maniobras con todas astucias de la perfidia?

§ II.

La Francia, actualmente en la situacion en que la Italia se hallaba cuando se miró allí el *Libro del Príncipe* como necesario á los soberanos para afirmarse y restablecer el órden social.

Ahora que, segun la juiciosa observacion del príncipe de Schwartzemberg sobre los sucesos de nuestra desastrada revolucion, « el mundo atónito ha visto reproducirse los desastres de la edad media (1); » cuando creíamos llegar al término suyo, étenos aquí pues precisamente en la misma situacion en que se hallaba Maquiavelo cuando él expuso las

(2) Proclamacion de este Príncipe á los franceses, al entrar en su territorio, el 23 de junio del año 1815, al frente de los ejércitos austriacos, para destruir de nuevo en Francia la tiranía de Buonaparte.

máximas contenidas en su *Libro del Príncipe*. Esta deplorable situacion de infaustas experiencias y de llagas todavía doloridas, es aquella de que necesitabamos para apreciar bien los medios que él indica, á fin de salir totalmente de ella, y no volver á experimentarla. Aun ayudada de la lectura y reflexion la imaginacion, no hubiera podido suplirla; y, confesémoslo, nos era realmente necesaria, á fin de no hallar ya en la relacion de las proscripciones de Sila, de los asesinatos de Mario, como tambien de los atentados recordados por Maquiavelo, algo de muy horriblemente caballeresco, para que la historia de nuestra edad y pais pudiera mancharse con ello en algun tiempo.

Si los hubieran tenido por posibles los príncipes de la segunda mitad del siglo pasado, y si, en vez de dejarse imbuir ciegamente contra este autor, le hubieran leído bien, comprendido bien, y meditado bien, por cierto que no se hubieran dejado arrastrar de unos facciosos, enemigos de su trono hácia aquel precipicio revolucionario en que, por espacio de unos cinco lustros, hemos experimentado

todas las horrendas catástrofes que Maquiavelo desterraba con sus escritos. Si empeñados en esta carrera de desgracias los pueblos á quienes podia darse quizas entónces licencia para leerle, hubieran podido comprenderle; se hubieran entregado, como lo hicieron, á las tremendas contingencias de la dominacion de un hombre salido de una condicion humilde, y sobre todo de un guerrero feroz, nacido, por decirlo así, de la espuma inmunda y sangrienta que los mares de la Italia, en el tiempo de sus purificaciones, habian impelido hácia la isla maldecida de los Romanos (1)? Reuniendo la idea de su origen vulgar y agreste, de su ardiente y tétrico genio, de sus inclina-

(1) Se sabe que los Romanos deportaban á ella los mas viles esclavos suyos, á aquellos que les parecian mas semejantes á los animales monteses que á los hombres. *Hinc olim servi romani ignavissimi et inutilissimi debehebantur, bellis quam hominibus similiores.* (Strabon, lib. 5) Cardano pintaba así á los Corsos de su tiempo: *corsicæ insulæ iracundi sunt, crudeles, infidi, caudaces, prompti, agiles, robusti: talis enim est natura canum.*

ciones ambiciosas y feroces, con el pensamiento de la necesidad en que Maquiavelo habia demostrado que un usurpador de este temple estaria de ser un atroz tirano; entónces, sin duda, en vez de dejarnos llevar estúpidamente bajo su yugo, y de mirar como celestial su potestad, segun lo decian varios pontífices interesados, hubiéramos visto anticipadamente cuantos males ha derramado, por sus manos, el infierno sobre nuestra patria. Desde entónces que estaba reconocido por experiencia que no podíamos vivir en república, aquel pensamiento del ciudadano de Ginebra, que «el *Príncipe* de Maquiavelo da grandes lecciones contra los nuevos príncipes á los republicanos (1), » debia hacernos pronosticar los desastres futuros que iban á descargar sobre nosotros. Y llenándonos de espanto estos avisos, nos hubieran hecho retroceder de horror en tanto grado que, sin poder moderar este curso retrógrado, hubiéramos vuelto nosotros mismos á aquel gobierno real cuya bondad habíamos experimentado por espacio de tantos siglos.

(1) Contrato social I. III, cap. 6.

Pero esta desafortunada nacion á la que intrépidos malvados, despues de haberla arastrado, por codicia, en su propia sangre y ruinas, sujetaban á esta nueva tiranía, se componia desgraciadamente, en gran parte, de gentes ignorantes y crédulas, á quienes la necesidad ó perfidia habian alejado de toda útil lectura de Maquiavelo. ¿ Se hubiera querido á lo menos prestar oidos al hombre instruido y advertido que, aprovechándose de los avances suministrados por este autor, hubiera revelado los azotes con que el usurpador iba á abrumarnos? ¿ no le hubieran impuesto cruelmente los facciosos silencio? Podemos juzgar personalmente nosotros mismos, con arreglo á las dilatadas y acerbas desgracias á que fuimos condenados por haber revelado en el año de 1800, que Buonaparte se haria instalar bien pronto por el Papa mismo en el trono de los Borbones, y podemos juzgar lo que lo hubiera costado á cualquiera otro que, abrazando los consejos de Maquiavelo, se hubiera atrevido á vaticinar los inmensos males que este reinado iba á causar á la nacion francesa. ¿ Hubiera si-

do bastante reflexionada esta para dar crédito á los que hubieran publicado aquella verdad indicada en el *Libro del Principe*, que admitiéndose una vez como gefe del estado el hijo de un procurador de Ajacio, terror ya de la Europa y Asia por su belicoso ardor, haria necesariamente, para la conservacion de su trono, todos los actos de tiranía de que en Italia, durante los siglos quince y diez y seis, no habian podido abstenerse ciertos príncipes para la conservacion de su soberanía?

Buonaparte es sin contradiccion muy reprehensible en haber cometido los mismos crímenes de la tiranía; pero si por el hecho solo de que se consintió en su usurpacion, se le permitió cometerlos, como esto es incontrovertible ¿ quienes son pues los que tienen derecho para hacerle cargo de ellos? Los únicos que le tendrian, serian aquellos franceses cuyo inflexible amor á la antigua monarquía se hubiera estremecido de indignacion cuando este *Soldado* audaz *se hizo rey consular*. Pero entónces, no ví casi en todas partes mas que á indiferentes estúpidos, ó á embrutecidos

aprobadores y reprobables fautores de la usurpacion. ¿ Quien no fué cómplice, si lo fueron cuantos tributaron á su execrable trono unos homenajes exclusivamente reservados á la legitimidad ?

Tuvo él primeramente á aquellos de los numerosos y bajos partidarios de una tranquilidad de cualquiera especie en que pudieran saborearse con molición los gozos. Pero ¡ Ay de mí ! en el embotamiento de su ánimo, eran incapaces de prever que el aventurero á quien aceptaban por dominador, habiéndose puesto por este solo hecho en oposicion con aquellos partidos que habian fatigado demasiado su indolencia, no podria luchar contra ellos sin hollar á los aprobadores mismos de su usurpacion.

Su ciega complacencia se dejaba llevar por otra parte del voto comunmente respetado de aquellos hombres mas perspicaces que, en las clases mas consideradas, sacrificaban las sagradas máximas de la moral y del honor á diversas miras ávidas, disfrazadas con sofismas á un mismo tiempo hipócritas y sacrílegos. Prontos estos tanto á justificar como á

pronunciar sucesivamente los mas disparatados juramentos cuando ellos proporcionaban la entrada á algun favor, sin exceptuar el de *odio al cetro* de los Borbones, ensalzaban como el juramento de salud el que ellos se aceleraban á hacer al trono de Buonaparte. Importábales poco que la Francia quedara entregada á su execrable tiranía, con tal que el tirano les confiriese plazas y honores.

Superiores á estos serviles agitadores de las conciencias, estaban, por una contradicción monstruosa que únicamente la perversidad de nuestra edad puede hacer creíble, aquellos terribles zeladores del gobierno democrático, aquellos grandes farantes revolucionarios, que determinados siempre con el incentivo de una mas sobresaliente fortuna, sacrificaban su propia república al trono de Buonaparte, como habian sacrificado el de los Borbones á su sanguinaria democracia. Estos son aquellos á quienes deben imputarse, tanto y quizas mas que al usurpador, todas las calamidades con que él vino á inundar nuestra patria. Perjueros monstruosos é infames cómplices, dignos ya de nuestras maldiciones por haber

auxiliado la instalacion de este infernal poder; cuantas mas no merecerian ellos si, despues de haberle instituido, hubieran afirmado en seguida su voraz tiranía con los feroces servicios que él exigia de sus visires, genízaros, y bajáes? Pero? es posible que no hayais desempeñado eficazmente sus desastradas miras, vosotros á quienes él colmo de riquezas, cubrió de insignias, y convirtió en grandes duques y príncipes suyos? Por mas esfuerzos que nuestra indulgencia haga sobre nuestro pensamiento, no podemos impedir que los titulos y veneras conque os condecoró el tirano, no nos parezcan traer impreso todavía el sello de la mano que os los confirió, y que no nos testimonien igualmente que los inmensos caudales de que le sois tambien deudores, nuestra cooperacion bien activa y eficaz á los actos con que él causó tantos males al género humano. El esplendor con que sobresalis, nos parece á pesar nuestro un reflejo de nuestras calamidades; porque hay desgraciadamente cosas que, por mas resplandecientes que son, y aunque bajo muchos aspectos se atraen el aprecio, recuerdan necesariamente cuan odio-

sas fuéron en su origen. No pueden perder ellas, en el concepto del público, el vicio radical que contrajéron entónces. ¡Ah! ¿porque va á extenderse esta desgracia hasta aquellas condecoraciones, que despertando á su primer aspecto la veneracion que el honor infunde, ponen al punto en competencia con ella el penoso recuerdo de su fundador á que él nos fuerza? Es muy imperceptible la augusta imágen con que una mano sagrada substituyó la de Buonaparte en su *estrella* de honor, para figurar allí de otro modo que como un simple accesorio. En semejantes objetos, la forma, el color y nombre triunfan, y necesitamos de sumos esfuerzos de reflexion para dejar de ver aquí el simbolo del *honor* que le era necesario al usurpador para afirmar y extender su infame dominacion (1).

(1) Hubo necesidad de que las circunstancias políticas de la llegada del Rey, en el año de 1814 fuesen bien arduas, para obligar á su prudencia á conservar unas órdenes que tienen, á la primera vista, el efecto de recordar honoríficamente el reynado del usurpador, y atraer nuestro aprecio hácia lo que

Sin embargo vimos á los mismos seides del tirano ir de los primeros hasta dos veces á maldecirle alrededor del trono de San Luis, restaurado para el consuelo de los desgraciados que ellos mismos habian hecho;

ciertamente podíamos llamar entónces las *miras* de su tiranía y la *pie dra angular* de su restablecimiento. Cuando el usurpador volvió; no volvió á hallarse efectivamente el *honor* de los mas de sus condecorados en todo su ardor, aun aquel á que él habia dado premios? y cuando fué restituido una segunda vez el monarca á nuestros deseos; habian cambiado sinceramente el *honor* del sistema de la usurpacion por el de la verdadera monarquía aquellos caballeros de la gran banda, que, intérpretes de las voluntades de casi todos sus legionarios, propusieron á nuestros Principes legitimos el enarbolar los colores de la rebelion y tomar en algun modo la caperuza de Estevan Marcel? Mi ánimo se resiste á comprender que el *honor* de los tiempos de la usurpacion pueda ser el de la monarquía legitima, aun cuando oigo con indulgencia el sofisma que hace una insidiosa abstraccion de ella, para referir únicamente á la patria los servicios que proporcionáron estas honoríficas distinciones, como si la felicidad y aun existencia de la patria no

constantes en el estilo suyo (de atribuir al vencido los males con que ellos habian querido proporcionar su triunfo, bendicen con mas estrépito que nosotros, aquella potestad benéfica que ellos mismos habian maldecido

estuvieran en la monarquía legitima. Habré llevado razon, si se halla la condecoracion del *honor* de Buonaparte en todas las conjuraciones contra el trono, y hasta contra la patria. Mas dichoso y libre el emperador de Austria al recuperar por el mismo tiempo sus dominios de Italia, se aceleró á mudar enteramente las insignias de la otra órden, que el mismo usurpador habia creado allí. No conservó en ellas su forma, ni cinta. El rey de Nápoles acaba de mudar tambien enteramente las órdenes que habia creado el usurpador Joaquin. Para las excesivas reflexiones á que esta materia podria darnos ocasion, remitimos á la *Vida de Gaspar de Thavares*, par Brantôme; y especialmente al capítulo de Montaigne, *sobre las recompensas de honor* (Ensayos, l. II, cap. 7), en que habla del pronto descrédito en que, por una distribucion muy ciegame nte copiosa, cayó la *Estrella* del buen rey Juan, por mas respetable que ella era á causa de su origen. «Únicamente los comandantes de la ronda de Paris quisieron traerla ya». Espe-

y desechado hasta entónces. ¡ Vease como , habiles en aprovecharse de los acasos de la inconstante fortuna , van á tratar de captar la confianza del verdadero monarca , despues de haber tenido toda la del usurpador ! Pero ¿ estaria mas seguro y mejor afirmado el trono de un Principe , objeto de nuestros deseos , aun cuando él tuviera por sustentáculos á varios agentes de revoluciones , y por consejeros á algunos ambiciosos expertos en el arte de los perjuros (1) ? Quiera la Providencia

remos que por último la órden de la verdadera *fidelidad* venga á separar la zizaña del verdadero grano.

(1) Creo con gusto en la sinceridad de las conversiones repentinas en algunos culpables comunes , cuando en ello no se ve motivo ninguno de interes que pueda hacerlas sospechosas ; pero cuando ellas parecen acaecer en aquellos hombres habituados á los manejos , aguerridos en los perjuros , y que de esto se forman un título para alzarse con algunas plazas lucrativas , es muy lícito dudar de que sean en general bastante verdaderas , bastante sólidas , para merecer una entera confianza. No podemos decir que las haya

que sean alejados de él , y si no lo fueran , las gentes honradas que vieran entónces el honor y moral tan cruelmente ultrajados con este último triunfo de los mismos proteos á quienes somos deudores de tantos desastres ,

producido el remordimiento ; porque excluyendo este toda pretension ambiciosa , reduce á aquel á quien él martiriza al retiro de la humilde indignidad. ¿ Tendrian estas raras conversiones por causa aquel augusto embeleso de la legitimidad del trono , que mantuvo á los verdaderos realistas en su invariable fidelidad ? Pero ¿ es este agente moral bien poderoso sobre semejantes calumniadores revolucionarios , que nunca fuéron sensibles mas que á los gozos materiales , y para quienes la posesion de los bienes fisicos de cualquiera parte que provenieran , fué siempre el mas estimado título ? Cuando el Principe se ve instado para acordar su confianza á semejantes hombres , debe luchar poderosamente contra la consideracion siguiente que no puede menos de presentársele en el ánimo « ó estos hombres son capaces de generosas ideas , de apego y reconocimiento ; ó no lo son. En este postrer caso , no serian mas que malos corazones y monstruos , que ya deberia desecharse de mí con indignacion. En el primero , su prin-

y desastres tan novísimos todavía, sentirían haberse librado de sus hecatonfonias, y no invocarian ya mas que la paz de los sepulcros. Los pueblos finalmente á quienes el espectáculo del triunfo perseverante del crimen, bajo la proteccion misma de la legitimidad, hiciera perder infaliblemente las escasas reliquias de probidad, rectitud y religion que les quedan, concluirían de ella con mucha justicia que el no tenerlas es mas útil y glorioso ahora en Francia (1).

La principal gratitud debe dirigirse, como á su centro, hácia el usurpador ó la revolucion, supuesto que, sin ella ó él, hubieran permanecido en la obscuridad ó medianía de su primera condicion. Fuéron realmente deudores á Buonaparte ó la revolucion de su elevacion á los eminentes puestos en que se quiere los mantenga yo. Apegados bien seguramente á las plazas, con especialidad los que, para tenerlas, se pasáron en el 20 de marzo al partido del usurpador, y se vuelven á mí regreso para lograrlas de mí; serían mas fieles á mí causa que lo fuéron ya? Lo serían mas á mí mismo que lo son á su bienhechor primitivo, si llegando otro usurpador á suplantarme, les diera esperanzas de algunas plazas?

(1) « Desde que una virtud, decia Filocles, no se

¡Ah! si fuera verdad, como se dijo muy ligeramente, que Maquiavelo no hubiera aconsejado mas que la doblez, perfidia y traicion, ciertamente los hombres de que tratamos serían mucho mas hábiles en la práctica de una semejante doctrina, que aquel Buonaparte al que ellos mismos echan en cara la ejecucion de cuanto el *Libro del Principe* puede referir en esta especie, y tendrían motivo para gloriarse de ello, supuesto que triunfarian sobre las ruinas del trono bienhechor, aparentando maldecirle.

estremece al aspecto del vicio, esta manchada con él, y una virtud sin móvil es una virtud sin principios». (*Viage de Anacarsis*. tom. VI, pág. 470). — « La indulgencia para el vicio, se dice en la misma obra, es una conjuracion contra la virtud ». (Tom. I, pág. 351). — Uno de nuestros escritores revolucionarios, instruido por la experiencia, exclamaba en un arrebatado de probidad: « ¡ Grande é importante leccion! No es menester ajustarse con el crimen, pues él nos castiga de no castigarle ». (Hen. Riouffe, Orac. fún. de Luv.)

§. III.

Abuso que Buonaparte hizo de lo que Maquiavelo habia dicho para los Príncipes nuevos; su menosprecio de los preceptos con que este autor queria hacerlos buenos. — Error de los que sostienen que él propuso á César Borgia, solo y en todo, por modelo à todos los Potentados.

Convendrémos en que Maquiavelo, al contemplar los diversos principados nuevos de Italia en su tiempo, expuso lo que los hombres que habian conseguido poseerlos, hicieron, para la seguridad de su reinado, como hemos visto á Buonaparte llegar á su soberanía; pero no puede negarse que él dijo tambien como aquellos, cuyo reinado se hallaba legitimado por el unánime voto de los pueblos, ó antiguos derechos reconocidos, se habian conciliado el amor de sus súbditos y el aprecio de las naciones vecinas. Sin duda tambien fundó Buonaparte, sobre algunos ejemplos presentados por Maquiavelo, aquel atrevido sistema segun el cual asombró y oprimió él simul-

táneamente á los pueblos; pero debió ver igualmente en el mismo autor varias reglas de conducta, por cuyo medio otros príncipes nuevos restablecieron el orden en donde reinaba la confusion, é hicieron tan felices como sumisos á sus vasallos.

Seríamos injustos en no confesar que él tentó algunos de los medios decorosos practicados por estos príncipes, y que si no tuvo tanto acierto como ellos, depende de que prescindiendo de los mismos obstáculos que los mismos superáron, y de los lazos que su descomunal ambicion le armaba, tuvo realmente en el curso de su dominacion dificultades mas graves y numerosas que aquellos príncipes. No sé si él habia domado, tan bien como los últimos, la anarquía democrática; pero sé que no tuvieron como Buonaparte aquel contrapeso de la opinion pública en favor de la familia destronada, existente siempre y revestida siempre con la estimacion de los demas potentados, igualmente que con los afectuosos recuerdos de una gran parte de la Francia. En balde, para atemperar la fuerza atractiva de este contrapeso, atrajo él

á su partido con el incentivo á que la codicia no se resiste casi, á muchos privilegiados de la antigua dinastía, como habia atraído á casi todos los corifeos de la democracia. La desercion de estos viles realistas no aumentaba casi en nada la fuerza moral del usurpador, porque esta desercion misma les habia despojado de su consideracion en el concepto de la mas sana parte de la Francia; y la preponderancia que en ella tenia la causa de los Borbones no habia perdido nada con esto, á causa de que semejante preponderancia consistia menos en el número de sus partidarios que en la cantidad esencialmente inalterable de honor con que estos le habian abrazado. Estas infamantes deserciones se compensaban por otra parte todos los dias con la inclinacion progresiva que el disgusto, siempre en aumento, de la tiranía de Buonaparte infundia en los indiferentes, y aun en algunos antiguos partidarios de la revolucion, para con la autoridad dulce y paternal que ella habia proscripito.

El duque de Valentinois, César Borgia, fué entre todos los príncipes nuevos citados

por Maquiavelo, aquel á cuya imitacion se dedicó Buonaparte mas; y es necesario confesar que Maquiavelo, por quien su conducta se desencerró, por mas execrable que era este príncipe en concepto suyo, la miraba sin embargo, en gran parte, tan hábil como necesaria en la situacion á que le habia reducido la ambicion de su padre el papa Alejandro vi. Pero ¿aprobaba nuestro autor los medios reprehensibles de su usurpacion? Ciertamente que no; porque les daba el nombre de horrendas acciones y maldades abominables. Unicamente atendiendo á las circunstancias en que á continuacion se halló César Borgia, y prescindiendo de la precedente usurpacion, condenada ya por Maquiavelo, miraba este las mas desusaciones políticas como muy conducentes para la conservacion de su principado. En aquellos tiempos en que « se vertia mas sangre fuera de los combates que en las batallas, y en que no se hacia la guerra realmente mas que en los campos de la paz, como lo nota él mismo, era menester, dice, para sostenerse contra unos enemigos cuyas mas terribles armas eran la astucia y perfidia, hacer uso de las

que ellos manejaban con tanto beneficio, porque la fuerza sola hubiera sido mas perjudicial que provechosa.» Y á esto solo se reduce todo su elogio de César Borgia.

Este príncipe en efecto tenia que lidiar con unos hombres que no eran menos malvados que él, en cuyo caso, su desmesurada ambicion, que no se trata ya aquí de examinar en el acto de su usurpacion, no podia lograr seguridad ninguna mas que valiéndose de las mismas armas que ellos, y si no los hubiera sobrepujado en esto, hubiera quedado vencido. Así pues, se expresan con mala fe, cuando dicen « que él preferia la traicion á cualquiera otro medio de tener acierto (1). » La hay mucho mas mala en decir, como lo hizo un biógrafo acreditado, que « César Borgia es el modelo por el que Maquiavelo quiere que se formen todos los potentados (2). » En

(1) *Diccion. hist.* de Caen y Leon : artículo *Maquiavelo*.

(2) Veas. el *Diccion. hist.* de Caen y Leon, con cuyo parecer se conformó ciegamente el Genoves Simonde-Sismondi en el artículo *César Borgia*, que él

cuanto al modo con que este príncipe se condujo en orden á sus pueblos, se trata únicamente de juzgar, por sus efectos, si no era él en política el mejor de que le fuera posible hacer uso entónces, como lo creyó Maquiavelo (1).

Pero ¿ es pues verdad que, por esto, le haya aprobado él en todo como á estadista, y que le haya transformado en modelo suyo por excelencia para todas las circunstancias? Seguramente que no; porque le veremos

suministró al tomo v de la *Biografía universal*, Paris, 1812. « Maquiavelo, se dice allí, tomó, en su *Libro del Príncipe*, á César Borgia por modelo, y no podia efectivamente escoger á un héroe que infundiese mas horror. »

(1) El filántropo Guiraudet confesó en el discurso preliminar de su traduccion (pág. lxxxvj), que « luego que Cesar Borgia hubo vencido á los pequeños tiranos de la Romaña, le miró está como á un libertador. » — « Es tanta verdad, añade en la página siguiente, que la Romaña respiraba en tiempo de César Borgia, que luego que él hubo perdido á su padre y la potestad, y vistose abandonado de todos, esta misma Romaña le permaneció fiel. »

ahora mismo vituperar con severidad muchas acciones suyas; y estaba bien remoto de profesarle aun bajo un aspecto político, aquel aprecio de idolatría, que Montesquieu le supuso diciendo: «Maquiavelo estaba lleno de su ídolo, el duque de Valentinois (1).» Mucho mas; y he aquí lo que sus detractores no quisieron decir, porque es uno de los mas evidentes testimonios de su probidad, habia cogido horror al genio y conducta de este Duque y padre suyo. Puede verse la demostracion franca y sincera de ello, manifestada por él mismo en sus cartas á los magníficos señores de la república Florentina, mientras que él era embajador suyo cerca de la Corte romana en el año de 1503 (2); como tambien en su poema de los *Decennali* (3).

Supuesto que estamos en las acusaciones

(1) *Espiritu de las leyes*, lib. XXIX, cap. XIX, de los *Legisladores*.

(2) Véanse, entre otras, las cartas de los dias 26 y 28 de noviembre del año de 1503.

(3) Hacia el fin de su *Decennale primo*, ó relacion analítica de lo que habia pasado en Italia durante

hechas contra el *Libro del Príncipe*, despues de haber reducido á su justo valor la que tuvo á César Borgia por pretexto, veamos individualmente si las otras van mejor fundadas....

Se reducen ellas á tres capítulos: «1.º Maquiavelo enseñó á los hombres el arte de en-

diez años: se hallan contra Alejandro VI y su hijo, las terribles estancias siguientes, cuya traduccion daremos.

Maló Valenza, é per a ver riposo

Portato su fra l'anime beate

Lo spirito di Alessandro glorioso,

Del qual seguiró le sante pedate

Tre sue familiari e care ancelle

Lussuria, simonia y crudeltate.

Poi che Alessandro fu dal cielo ucciso,

Lo stato del suo Duca di Valenza

In molte parti fu rotto é diviso.

Giulio sol lo nutri dis peme assai;

E quel Duca in altrui trocar credette

Quella pietá, che non connohe mai

E Borgia si fuggi per vie coperte;

E benche é fosse da Gonsalvo visto

Tom. I.

4

gañar; 2.º dió al mundo lecciones de asesinato y envenenamiento; 3.º no quería deber nada á la religion; aun la proscibia, y ni siquiera creia en Dios.»

Como estas acusaciones se hallan en algunos libros franceses, compuestos por consi-

*Con lieto volto, li pose la soma
Che meritava un ribellante á Cristo;
E per far ben tanta superbia doma,
In Ispagna mando legato é vinto.*

« El duque de Valencia estaba enfermo cuando el alma de Alejandro, á quien la lujuria, simonía y avaricia, íntimas y queridas compañeras suyas, habian eguido siempre los pasos, era conducida á la clase de los espíritus bienaventurados para que ella empezase á gozar de algun reposo.

» Pero despues que Alejandro fué condenado á muerte por el cielo mismo, el estado de su duque de Valencia se desordenó y dividió en muchas partes.

» Solo el papa Julio le entretuvo abundantemente con lisongeras esperanzas y el duque creyó hallar en otro la compasion que él mismo no habia conocido nunca.

» Y Borgia recurrió entónces á algunas vias secretas para evitar su ruina, pero Gonzalo, al mismo tiempo

guiente para una nacion á que es casi totalmente agena la antigua lengua de Maquiavelo, si fueran calumniosas, seria preciso concluir de ello que los que las hicieron, no habian sabido leerla, ó que si, capaces de leerla bien, la hubieran comprendido bien, habrian querido abusar de la imposibilidad en que los lectores se hallaban de reconocer la falsedad de estas acusaciones.

§. IV.

Si es verdad, 1.º que Maquiavelo haya enseñado, generalmente hablando, á los hombres el arte de engañar; y 2.º que haya dado al mundo lecciones de asesinato y envenenamiento.

Es necesario confesar que el *Libro del Principe* presentaba, en algunos pasages, á los que quisieran hacer ostencion de virtud, excelentes ocasiones para pregonar bellas teorías

de acogerle con afabilidad, le impuso la pena que merecia aquel hombre rebelado contra el Cristo; y para sujetar bien su extremada soberbia, le cargó de cadenas, y mandó conducirse así á España atado como un rebelde vencido.»